

Plaza pública

para la edición del 1o. de noviembre de 1994

Presidente-candidato

Miguel Ángel Granados Chapa

Quien comparece hoy a presentar el último informe de su gobierno no es un Presidente en trance de hacer mutis, de ingresar en la neblinosa zona del olvido político, sino el candidato a encabezar la naciente, y presumiblemente poderosa, Organización Mundial de Comercio. Ese carácter del momento actual del Presidente Salinas singulariza su postrera aparición ante el Congreso de la Unión, cuya LVI legislatura se inaugura también hoy.

Hace 18 años, cuando el Presidente Echeverría (al que tanto se asemeja, no sólo por su omnipresencia política, su actual sucesor) estaba por dejar Los Pinos, suspiraba también por un cargo en la esfera de las relaciones internacionales. Su mirada se había posado en la silla de Kurt Waldheim, poco después reelegido secretario general de la ONU. Pero la candidatura de entonces, a diferencia de la de ahora, no era abierta y formal. De modo que Echeverría no ostentaba un doble carácter a la hora del adiós, dualidad que está presente esta mañana en San Lázaro.

Espíritus rigurosos y en extremo exigentes reprocharían al Presidente Salinas y a sus colaboradores el que destinen recursos públicos --tiempo de trabajo, al menos-- a la búsqueda de una posición que Salinas

ocuparía a título personal, no en representación de nuestro país. Por mi parte, me limito a señalar la desmesura de proponerse prolongar una carrera pública frente a la evidencia de rotundos fracasos en la responsabilidad que casi toca a su fin.

En efecto, es posible enlistar logros de la administración que durante seis años ha encabezado el Presidente Salinas. Pero, a mi juicio, los saldos adversos de esa gestión exceden por su naturaleza y trascendencia a los beneficios que con la mayor buena voluntad se inscriban en el haber de la contabilidad de este sexenio. Cuando dentro de un mes se marche el Presidente Salinas, los mexicanos viviremos en un país empeorado, respecto del ya desfalleciente que dejó su antecesor.

El gran éxito de la política salinista, el que vale la candidatura a la presidencia de la OMC, el de su reforma económica, ha infligido más daño que bien a la sociedad mexicana. Aun el abatimiento de la inflación, que tan deslumbrante logro parece, no es sino la corrección de un fenómeno generado por una política impulsada por el propio Salinas. Pero aun midiéndola sin esas reticencias, tal resultado no se reflejó en mejoramiento de la vida cotidiana de la mayor parte de las personas. Y esa es la sustancia del buen gobierno. Al contrario de lo que reza el Magnificat ("desposeyó a los poderosos y legó a los humildes, a los necesitados los llenó de bienes y a los ricos los dejó sin cosa alguna"), nuestro Jahvé sexenal puso en práctica una política regresiva que empobreció a los pobres y favoreció de modo explícito y ufano la concentración de la riqueza: Mientras la especulación

bursátil no pague impuestos, todo alegato de justicia social sonará a sarcasmo.

A eso suena también el Programa Nacional de Solidaridad, el instrumento del combate a la pobreza extrema. Ya se hacen las cuentas de lo que significó realmente esa modalidad del gasto social. A reserva de hacerlo aquí también, y de evaluar de modo global ese programa, bastaría para desdorarlo recordar que en materia de obras comunitarias era inconstitucional pues abusaba del trabajo personal sin remuneración. Y para ilustrar su desvergüenza propagandística no hay más que reflexionar en las festivas entregas de escrituras: se hacía pasar como entrega de bienes lo que no era sino la enmienda de la abulia y la corrupción gubernamental, causante de la irregularidad en la tenencia de la tierra.

Pero, si cabe, fue aun peor la ruptura de la institucionalidad en materia de seguridades, la nacional y la pública. Respecto de la primera, no está mal que un Estado que no responde lealmente a la sociedad vea debilitadas sus defensas, salvo cuando se afectan adversamente intereses generales. Pero la inseguridad de las personas y sus patrimonios no había conocido extensión y hondura como la que hoy reviste. Una de sus causas, la pudrición de los cuerpos del orden público, se inició en sexenios pasados, pero la pus de entonces se confunde y hierve con la de ahora. Cientos de homicidios políticos, entre ellos dos que victimaron a personas de su amistad estrecha jalonan, junto con decenas de secuestros, el trayecto de estos seis años. En ellos no desapareció la violencia antigua y se acendró esa

nueva, a la que se agrega la del narcotráfico y la hecha estallar por la injusticia.

Con esos títulos el Presidente-candidato camina en pos de una posición de relieve internacional. Una mínima autocrítica nos haría escuchar hoy la formal declinación de sus aspiraciones. Pero no la habrá.

PLAZA PÚBLICA

MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA

Presidente-candidato

En vez de que, como sus sucesores, el sexto informe de Carlos Salinas sea el anticipo de su retiro político, forma parte de sus actividades como candidato a encabezar la Organización Mundial de Comercio.



Quien comparece hoy a presentar el último informe de su gobierno no es un Presidente en trance de hacer mutis, de ingresar en la neblinosa zona del olvido político, sino el candidato a encabezar la naciente, y presumiblemente poderosa, Organización Mundial de Comercio. Ese carácter del momento actual del presidente Salinas singulariza su postrera aparición ante el Congreso de la Unión, cuya 56 legislatura se inaugura también hoy.

Hace 18 años, cuando el presidente Echeverría (al que tanto se asemeja, no sólo por su omnipresencia política, su actual sucesor) estaba por dejar Los Pinos, suspiraba también por un cargo en la esfera de las relaciones internacionales. Su mirada se había posado en la silla de Kurt Waldheim, poco después reelegido secretario general de la ONU. Pero la candidatura de entonces, a diferencia de la de ahora, no era abierta y formal. De modo que Echeverría no ostentaba un doble carácter a la hora del adiós, dualidad que está presente esta mañana en San Lázaro.

Espíritus rigurosos y en extremo exigentes reprocharían al presidente Salinas y a sus colaboradores el que destinen recursos públicos -tiempo de trabajo, al menos- a la búsqueda de una posición que Salinas ocuparía a título personal, no en representación de nuestro país. Por mi parte, me limito a señalar la desmesura de proponerse prolongar una carrera pública frente a la evidencia de rotundos fracasos en la responsabilidad que casi toca a su fin.

En efecto, es posible enlistar logros de la administración que durante seis años ha encabezado el presidente Salinas. Pero, a mi juicio, los saldos adversos de esa gestión exceden por su naturaleza y trascendencia los beneficios que con la mayor buena voluntad se inscriban en el haber de la contabilidad de este sexenio. Cuando dentro de un mes se marche el presidente Salinas, los mexicanos viviremos en un país empeorado respecto del ya desfalleciente que dejó su antecesor.

El gran éxito de la política salinista, el que

vale la candidatura a la presidencia de la OMC, el de su reforma económica, ha infligido más daño que bien a la sociedad mexicana. Aun el abatimiento de la inflación, que tan deslumbrante logro parece, no es sino la corrección de un fenómeno generado por una política impulsada por el propio Salinas. Pero aún midiéndolo sin esas reticencias, tal resultado no se reflejó en mejoramiento de la vida cotidiana de la mayor parte de las personas. Y esa es la sustancia del buen gobierno. Al contrario de lo que reza el Magnificat ("desposeyó a los poderosos y legó a los humildes, a los necesitados los llenó de bienes y a los ricos los dejó sin cosa alguna"), nuestro Jahvé sexenal puso en práctica una política regresiva que empobreció a los pobres y favoreció de modo explícito y ufano la concentración de la riqueza: mientras la especulación bursátil no pague impuestos, todo alegato de justicia social sonará a sarcasmo.

A eso suena también el Programa Nacional de Solidaridad, el instrumento del combate a la pobreza extrema. Ya se hacen las cuentas de lo que significó realmente esa modalidad del gasto social. A reserva de hacerlo aquí también y de evaluar de modo global ese programa, bastaría para desdorarlos recordar que en materia de obras comunitarias era inconstitucional pues abusaba del trabajo personal sin remuneración. Y para

La ruptura de la institucionalidad en el ámbito de las seguridades nacional y pública, constituye uno de los lastres más pesados de la administración del presidente Salinas, evidenciada en cientos de asesinatos políticos y decenas de secuestros.

ilustrar su desvergüenza propagandística no hay más que reflexionar en las festivas entregas de escrituras: se hacía pasar como dotación de bienes lo que no era sino la enmienda de la abulia y la corrupción gubernamental, causantes de la irregularidad en la tenencia de la tierra.

Pero, si cabe, fue aún peor la ruptura de la institucionalidad en materia de seguridades, la nacional y la pública. Respecto de la primera, no está mal que un Estado que no responde lealmente a la sociedad vea debilitadas sus defensas, salvo cuando se afectan adversamente intereses generales. Pero la inseguridad de las personas y sus patrimonios no había conocido extensión y hondura como la que hoy reviste. Una de sus causas, la pudrición de los cuerpos del orden público, se inició en sexenios pasados, pero la pus de entonces se confunde y hierve con la de ahora. Cientos de homicidios políticos, entre ellos dos que victimaron a personas de su amistad estrecha jalonan, junto con decenas de secuestros, el trayecto de los seis años de Salinas. En ellos no desapareció la violencia antigua y se acendró esa nueva, a la que se agrega la del narcotráfico y la hecha estallar por la injusticia.

Con esos títulos el Presidente-candidato camina en pos de una posición de relieve internacional. Una mínima autocritica nos haría escuchar hoy la formal declinación de sus aspiraciones. Pero no la habrá.

CAJÓN DE SASTRE

El "padre Toni" ya es cardenal. Adolfo Antonio Suárez Rivera perdió su segundo nombre, con cuyo hipocorístico era conocido en la diócesis de San Cristóbal de las Casas, donde nació y fue joven párroco, cuando se convirtió en obispo de Nayarit, y antes de escalar las alturas eclesiásticas. Arzobispo de Monterrey, activo presidente de la Conferencia Episcopal Mexicana, donde acaba de concluir un intenso periodo, monseñor Suárez Rivera es ya miembro del colegio cardenalicio. Designado "príncipe de la Iglesia" junto con el arzobispo de Guadalajara, don Juan Sandoval, esta distinción anticipa su nombramiento como arzobispo de México, cuando se haga efectiva la ya presentada y admitida renuncia por edad del cardenal Ernesto Corripio Ahumada. De no ser así, deberíamos esperar que el sucesor de don Ernesto alcanzara también la púrpura, pues la breve tradición obliga a que el primado de nuestro país sea al mismo tiempo un cardenal. Sandoval y Suárez Rivera son el quinto y el sexto cardenales mexicanos, luego de don José Garibi Rivera, don Miguel Darío Miranda, don José Salazar y monseñor Corripio.